

# #25

# DESPUÉS DE LA NACIÓN: CRISIS Y REINVENCIÓN DE LO COMÚN

**Cecilia Sánchez Idiart**

*Universidad de Buenos Aires – CONICET*

Ilustración || **Laura Castanedo**

Artículo || Recibido: 25/01/2021 | Apto Comité Científico: 03/05/2021 | Publicado: 07/2021

DOI [10.1344/452f.2021.25.5](https://doi.org/10.1344/452f.2021.25.5)

[cecisi89@gmail.com](mailto:cecisi89@gmail.com)

Licencia || Reconocimiento-No comercial-Sin obras derivadas 3.0 License



**Resumen** || A partir de la elaboración de un lenguaje ambiguo y expansivo, la novela *El aire* (1992), del escritor argentino Sergio Chejfec, explora algunos efectos devastadores de la modernización neoliberal sobre el territorio urbano, la subjetividad y la vida social. Avanzando al ritmo de una crisis tan indefinida como irreversible, la narración interroga también la potencia de prácticas y lenguajes colectivos que permiten imaginar alternativas frente a los imperativos del capital. La temporalidad, la ciudad, los hábitos cotidianos y los cuerpos se desintegran y reconfiguran en el espacio de una escritura que hace de la indeterminación su motor narrativo y que invita a un diálogo fértil entre la perspectiva de los estudios literarios y aquella de las ciencias sociales.

**Palabras clave** || Crisis | Afecto | Lo común | Ciudad | Literatura latinoamericana contemporánea

## After the Nation: Crisis and the Reinvention of the Common

**Abstract** || Starting from the elaboration of an ambiguous and expansive language, the novel *El aire* (1992), by the Argentinian writer Sergio Chejfec, explores some of the devastating effects of neoliberal modernization on the urban territory, subjectivity and social life. Moving at the pace of a crisis that is as indefinite as it is irreversible, the narrative also interrogates the power of collective practices and languages that allow for the imagination of alternatives to the imperatives of capital. Temporality, urban space, daily habits and bodies disintegrate and reconfigure themselves on the plane of a writing that makes indeterminacy its narrative engine and calls for a fruitful dialogue between the perspective of literary studies and that of the social sciences.

**Keywords** || Crisis | Affect | Common | City | Contemporary Latin American literature

## Després de la nació: crisi i reinvençió d'allò comú

**Resum** || A partir de l'elaboració d'un llenguatge ambigu i expansiu, la novel·la *El aire* (1992), de l'escriptor argentí Sergio Chejfec, explora alguns efectes devastadors de la modernització neoliberal sobre el territori urbà, la subjectivitat i la vida social. Avançant al ritme d'una crisi tan indefinida com irreversible, la narració interroga també la potència de pràctiques i llenguatges col·lectius que permeten imaginar alternatives enfront dels imperatius del capital. La temporalitat, la ciutat, els hàbits quotidians i els cossos es desintegren i reconfiguren en l'espai d'una escriptura que fa de la indeterminació el seu motor narratiu i que convida a un diàleg fèrtil entre la perspectiva dels estudis literaris i la de les ciències socials.

**Paraules clau** || Crisi | Afecte | El fet comú | Ciutat | Literatura llatinoamericana contemporània

## 0. Saberes en eclosión

En *La comuna de Buenos Aires*, libro que reúne entrevistas realizadas por la periodista y escritora María Moreno (2011) en torno a la crisis de 2001 en Argentina, la investigadora, docente y militante Silvia Delfino narra la singular experiencia ofrecida por la asamblea que empieza a congregarse periódicamente en su barrio a partir de un estallido social que logró, entre otras cosas, transformar y politizar de un modo inédito el tejido mismo de la vida cotidiana:

todos los saberes previos son puestos en crisis, los míos y los del conjunto. Cada persona aporta un tipo de saber que tiene que ver también con los modos de estar en la calle. Están los abogados que se disculpan cuando van a hablar, porque dicen «yo sé que el lugar del abogado es un lugar incómodo, porque es el lugar donde generalmente se sitúa el juicio laboral, la represión, etcétera, pero yo vengo a ofrecer mi tiempo para garantizar el derecho a la ocupación de la calle». Simultáneamente, un médico nos dice cómo funciona el circuito de distribución del presupuesto de salud, por qué se están rehusando insumos descartables y se los está reciclando [...]. En las asambleas hay muchas maestras de escuelas primarias que conocen las condiciones reales de existencia de los chicos y las chicas. Los saberes se mezclan. Está el desocupado que conoce todos los circuitos posibles de la ley de flexibilización laboral. [...] Porque la condición para que alguien hable no es su lugar en la jerarquía social de las instituciones, sino su relación con la experiencia y con las condiciones de existencia que compartimos (2011: 232-233).

En paralelo con fenómenos y procesos heterogéneos como la consolidación del neoliberalismo tras el fin de las dictaduras, la epidemia del sida a partir de los años ochenta, la precarización creciente de la vida en sus múltiples dimensiones, el surgimiento de nuevos fascismos y la actual pandemia del coronavirus, tiempos, territorios y cuerpos en crisis proliferan en la literatura latinoamericana de las últimas décadas y el presente haciendo del lenguaje una materia de incesantes experimentaciones. ¿Qué clase de saberes es capaz de elaborar la literatura sobre la crisis? ¿Qué tonos adopta la escritura y de qué afectos se carga cuando la crisis se instala —a escala global y ya no solo nacional o regional— como condición permanente de la vida contemporánea? ¿Qué desórdenes de la lengua se producen en la ficción una vez que los sentidos compartidos se han desintegrado y en su lugar apenas quedan restos o despojos? ¿Qué tipo de prácticas puede inventar la literatura para poner a prueba otros modos de vida posibles?

Estas preguntas se plantean con insistencia a lo largo de *El aire*, novela del narrador y ensayista argentino Sergio Chejfec publicada en 1992 que explora los efectos devastadores de la modernización neoliberal sobre el territorio urbano, la subjetividad y la vida social. Al mismo tiempo, sin embargo, el relato inscribe en la trama de un lenguaje ambiguo y ralentizado potencias indeterminadas de vida colectiva que permiten imaginar alternativas al régimen que impone el capital en su alianza con el Estado. La Buenos Aires de *El aire*, prácticamente irreconocible, es una ciudad en ruinas que ya no parece estar integrada al orden de una nación. Por ella circulan cuerpos desorientados, sujetos extenuados y al borde de la amnesia que han sido excluidos de todo marco social de

pertenencia. A partir de sus trayectorias errantes, la novela recoge residuos e indicios de una crisis tan difusa como irreversible que descompone los lenguajes, tiempos y espacios compartidos. Los cuerpos también se desarman y son empujados fuera de sí por el abandono de los ritmos y prácticas de vida habituales que los lanza a la indagación de modos novedosos de habitar y desplazarse por la ciudad. Frente a la progresiva pérdida de cohesión de lo social, otras configuraciones de lo común —entendido este concepto como producción de modos de vida colectivos, lenguajes y asociaciones entre cuerpos— se insinúan o emergen de la densidad de espacios insuflados, pese a todo, de una vitalidad desbordante. En la línea de investigaciones de la teoría y la filosofía políticas como las de Michael Hardt y Toni Negri (2009), Pierre Dardot y Christian Laval (2016), Raquel Gutiérrez Aguilar (2017) y Verónica Gago (2014), lo común designa una singular productividad de la vida compartida que, al calor de las luchas globales contra el neoliberalismo, busca sustraerse de toda apropiación o gestión privada o estatal: se trata, así, de una potencia de invención desde abajo de modos de hacer, de decir y de vincularse que la novela de Chejfec, por su parte, se encargará de explorar también en su dimensión estética.

## 1. A paso lento

Después de que su mujer lo deja, Barroso, el protagonista de *El aire*, se hunde precipitadamente en un mar de desidia y embotamiento. Entre adormecido e inquieto, deambula «sin ton ni son» (Chejfec, 2008: 101) por su departamento y circula por la ciudad «como un desquiciado» (2008: 61). De un «aire ausente» (2008: 54), se reconoce vaciado de voluntad, pierde con frecuencia el hilo de sus pensamientos y toma decisiones que suelen traducirse, más que en acciones efectivas, en su indefinida postergación. Habita un tiempo dilatado y ambiguo que lo enfrenta a «la agotadora tensión de su época» y cobra por momentos la configuración de un «presente aislado del universo, como una burbuja suspendida en el aire» (2008: 13). La temporalidad que impone la partida de su mujer se imbrica, de a poco, con aquella que satura las escenas de una crisis económica y social de las que es testigo Barroso a lo largo de sus recorridos nocturnos por la ciudad de Buenos Aires. Para él, todo parece haber cambiado irreversiblemente, pero, al mismo tiempo, como murmura melancólico una y otra vez, «un día, ocho días, todo es igual» (2008: 43). Se entrega a la lectura minuciosa de los periódicos que amontona en la casa con la ilusión «de comprimir un poco esa duración hueca, abierta, inútil, que sin mayor sentido se veía expuesto a padecer» (2008: 45) a través de la exposición a «esa actualidad continua obligatoria, extendida y proliferante cuyo definitivo vacío siempre había presentado para Barroso dificultades insalvables de comprensión» (2008: 46). Cierta densidad se condensa, sin embargo, en este tiempo vacío que se despliega de modos vacilantes y contradictorios a lo largo de la novela; algo allí se agita imperceptiblemente señalando hacia la inminencia de un acontecimiento o un cambio: Barroso, por ejemplo, se empeña en observar el palier desierto de su departamento esperando que algo pase, «como si los sucesos solo pudieran provenir del vacío o de la nada» (2008: 86). La ausencia de Benavente, su mujer, abre, a su

vez, un tiempo disponible que deja en evidencia regularidades o interrupciones de lo habitual que hasta entonces habían pasado desapercibidas: la luz que entra por la ventana, el silencio prolongado durante el día, el ritmo inusual de la respiración.

En correspondencia con la singular «obsesión por las minucias» (2008: 14) de la que adolece Barroso, la materia narrativa de *El aire* se compone de intuiciones dispersas, casualidades, distracciones, deseos o impresiones que advienen súbitamente, recuerdos vagos, acontecimientos minúsculos, impulsos contrarios y choques de fuerzas, acciones emprendidas «sin saber por qué» (2008: 53) o «sin pensarlo demasiado» (2008: 44). Bajo el signo de una «conjunción de pesadez, indeterminación y lentitud» (2008: 48), la novela configura todo «un mundo de casualidades inocuas, de equivalencias sucesivas que no llaman la atención» (2008: 22), una secuencia azarosa de «pérdidas, retrasos, equívocos y urgencias» (2008: 156)<sup>1</sup>. La dimensión de los hábitos, tensionada entre la repetición y la diferencia, es puesta en primer plano y continuamente problematizada. Así, la narración se detiene con insistencia a diseccionar «esas operaciones de la sensibilidad, o el recuerdo, con las que se identifica el lugar propio, seguro, familiar» (2008: 28). Sumergido en el adormecimiento provocado por la reiteración del hábito se encuentra Barroso, cautivo de «una especie de hilo mental enredado en cuyo interior los pensamientos y las ideas intentaban desarrollarse sin éxito», en paralelo con el fluir de «esa cadena casual [...] de actos reproducidos sin solución de continuidad» (2008: 53). La trama de lo cotidiano no depende de un orden de causas y efectos, sino del azar y la contingencia de roces, combinaciones y encuentros imprevisibles que, una vez que han tenido lugar, no logran ser explicados o reconstruidos de forma satisfactoria.

Las regularidades meramente casuales del hábito se escanden con frecuencia por eventos insólitos o inesperados que recubren la vida cotidiana de una pátina de extrañamiento. Barroso no deja de sobresaltarse por tropiezos y hechos incomprensibles que inauguran otros usos de los tiempos y los espacios. El incendio desatado en la oficina donde trabaja lo sustrae de la rutina laboral para suspenderlo en «una especie de tiempo neutro, disponible, despojado de pautas» (2008: 27), una «situación de disponibilidad irreal», ya que «sin Benavente, con la oficina carbonizada, había pocas cosas —ninguna— que lo apelaran de manera formal» (2008: 32). Ante el menor movimiento, el cuerpo de Barroso se agita y sufre palpitaciones que lo obligan a hacer una pausa; sucesos triviales como la impermeabilidad de la piel bajo el agua o la prolongada demora del ascensor en llegar lo sorprenden y motivan innumerables cavilaciones.

*El aire* narra, así, el flujo de una vida inmersa en relaciones afectivas y composiciones sensibles que son acogidas por un lenguaje expansivo: en la penumbra de la noche, «Barroso se sentía seguro entre el registro de los sonidos, las formas de la luz y el compás de su respiración» (2008: 31)<sup>2</sup>. Los modos diversos de un cuerpo de afectar y ser afectado no se subordinan al régimen de la conciencia o la reflexión. «Distraído y con la mente en blanco» (2008: 44), Barroso desliza los ojos por el paisaje que

ofrece la ventana de su casa, es invadido por recuerdos y sensaciones que interrumpen sus pensamientos y no consigue aprehender el sentido de sus acciones. La condición opaca e impura de los afectos los hace vacilar entre zonas limítrofes, de manera que se impone una «felicidad tan cercana a la angustia», el aire de la noche presenta a la vez «una armonía equilibrada» y «una densidad abrumadora», y la familiaridad con los objetos domésticos provoca, inesperadamente, «una extraña agitación» (2008: 98). Fuerzas disímiles atraviesan la materia de lo vivo, bajo la forma, por ejemplo, de «una tensión que circunda en todo momento al cuerpo, del cual de improviso se apodera y comienza a gravitar autónoma por su interior, como si fuera un aire o un tiempo particular» (2008: 133).

La novela proyecta una sombra de indeterminación sobre cada episodio o suceso narrados; la trama avanza solo para retroceder o detenerse a dar rodeos sobre alguna ocurrencia o idea, y ninguna afirmación parece escapar al equívoco o a una eventual refutación. La vida sensible ofrece ambigüedades irresueltas que desalojan todo binarismo del campo de la experiencia para comprenderla bajo el signo de un principio de contradicción: así, lo cotidiano, para Barroso, «alternaba entre la previsibilidad y la sorpresa» (2008: 87); la casa es «a veces un ambiente intolerablemente ajeno y otras veces familiar» (2008: 20); el sobre que desliza Benavente por debajo de la puerta era «ajado o pálido, [...] o las dos cosas a la vez» (2008: 14), y cada día se anuncia «como una nueva jornada de percepciones contradictorias» (2008: 69). Como si la narración sufriera de una amnesia de corto plazo, a cada paso se instala la sospecha sobre lo que acaba de acontecer; sucesos, objetos e impresiones pierden aceleradamente consistencia: «¿había recibido una carta? Todavía no habían pasado más que unas horas y ya dudaba» (2008: 29). Antes que confluir en una sinestesia armónica, los diferentes sentidos ofrecen experiencias discordantes, de modo que la ropa colgada en el armario le parece ajena a Barroso cuando la mira, pero, tan pronto como toca las prendas con los ojos cerrados, las texturas se vuelven familiares. Por otro lado, cierta inclinación hacia lo fotográfico caracteriza al personaje, como sostiene Horne (2012) en su lectura de la novela: una mirada que, por momentos, combina «una pasividad y compenetración ajenas a la sucesión del tiempo y al resto de lo contingente» (Chejfec, 2008: 73). Pero esta suspensión es apenas momentánea o aparente, porque el mundo se presenta para Barroso recubierto de «una garantía de complejidad» (2008: 47) y el presente en que vive «se detenía y aceleraba de acuerdo con criterios siempre misteriosos» (2008: 91). La novela no esclarece las incógnitas a las que se enfrenta su protagonista, sino que, por el contrario, hace de ellas su trama: las radicaliza o las lleva al absurdo, prolifera en variantes, conjeturas enrevesadas y amplificaciones de detalles nimios.

En la búsqueda de «aferrar cierta naturaleza desconocida de las cosas» por medio de «categorías que simplifican la complejidad natural del mundo» (2008: 84), Barroso se entrega al cálculo obsesivo de cantidades y medidas —cuánto pesaría la pileta de la cocina vacía o llena de platos, cuánto tiempo se demorarían los bomberos en llegar a su oficina, cuánto tardaría en disiparse la mancha de humedad que su

mano dejó en el tubo del teléfono— movido, al menos en parte, por el deseo de «recuperar una intuición, un orden, cierta difusa intencionalidad del aire que quizás alguna vez hubiera estado al alcance de los sentidos» (2008: 84). La melancolía que impregna este pasaje insiste en otros momentos de la novela que expresan una nostalgia o «tristeza por el esplendor perdido y de algún modo irrecuperable» (2008: 30) o atestiguan el acecho de «los rastros de la antigua plenitud compartida» (2008: 126)<sup>3</sup>. El cálculo, sin embargo, no logra restituir ningún sentido u orden primigenio, sino que es llevado al límite de lo cuantificable para dar origen a inquietudes insólitas en torno a las materias y dimensiones de lo viviente. Se pregunta, entonces, Barroso cuánto dura el presente o «si habría algún tipo de fluido visual que se desplazara, precisamente, entre los ojos y el objeto, y en ese caso cuánta distancia debería haber recorrido ya el fluido emanado desde los suyos desde siempre» (2008: 83). Agobiado por el peso de un mundo cada vez más irreal e incomprensible, Barroso se desangra y agoniza al final de *El aire*, pero no sin antes haber entrevisto, en sus caminatas desorientadas por la ciudad, señales de una crisis o una mutación de la vida social que hablan también de la potencia de la literatura para nombrar la emergencia de lo nuevo.

## 2. Mudanzas

A lo largo de la novela, la propia materia de la lengua se carga de indicios premonitorios que anticipan transformaciones en los modos de vida colectivos, en las tramas difusas de lo sensible y lo común. Cierta exceso o superabundancia de la palabra en relación con la vida desacelera y enreda la escritura de Chejfec, expandiendo acontecimientos mínimos y anunciando otros de inminente aparición con la fuerza de un lenguaje que complejiza la experiencia para socavar irreversiblemente sus fundamentos, convertidos en segunda naturaleza por la acción del hábito<sup>4</sup>. Así, las primeras señales de que algo ha cambiado en Buenos Aires se perciben en el tejido denso de una lengua imbuida de afectos contradictorios y opacos, de ritmos y temporalidades heterogéneas. Barroso, que «desde un principio [...] había advertido el disimulado y lento trastorno del idioma» (2008: 159), aunque no aquel que afectaba al espacio urbano, evoca con frecuencia el lenguaje de su infancia para compararlo con el que se habla en el presente, dejándose invadir por «esa plenitud recuperada, pero efímera» (2008: 70) del recuerdo, de imágenes y palabras remotas «que llegaban de improviso» (2008: 126): ahora se dice «nevera» en vez de «heladera» (2008: 30), «escaparate» en vez de «vidriera» (2008: 56) o «dinero para el pasaje» en lugar de «plata para el boleto» (2008: 37). Incluso los actores en la televisión hablan «un idioma propio, muy difícil de entender» (2008: 103), con un acento que, sin embargo, y a pesar de «cierto matiz afectado» (2008: 106), Barroso descubre semejante a la cadencia alojada en su recuerdo infantil.

La lengua en *El aire*, escrita, hablada o musitada para sí, parece habitar un tiempo desfasado y virtual que le permite adelantarse a la acción, la reflexión y la voluntad subjetiva: «Murmuró “Dar una vuelta”. Y con

sorprende, como si las palabras hubieran anticipado el pensamiento, advirtió que estaba decidiendo salir a caminar» (2008: 32). Cabe señalar que esta relación dista de ser regular o estable y se presenta más bien como casual, porque la narración precisa a continuación que «no siempre lo que uno dice es vaticinio de sus acciones; muchas veces no coincide, pero otras veces sí» (2008: 32). Con todo, en más de una ocasión tiene lugar una extraña inversión del encadenamiento usual entre los hechos acontecidos y el discurso periodístico, de modo tal que Barroso advierte, por ejemplo, que «aquello que el día anterior había leído, solo a la mañana siguiente se realizaba» (2008: 72). La lectura de los diarios encierra, de hecho, una serie de paradojas porque transcurre en un tiempo paralelo o invita a emprender un «viaje atemporal» sobre la superficie de «un presente sostenido por el papel y las noticias, [...] una segunda duración lateral y cierta, aunque momentánea y generalmente fugaz» (2008: 75). Más que una descripción ajustada de la realidad, la prensa ofrece anacronismos e interrupciones de la cronología, desplazamientos y huellas confusas que agujerean el presente y acentúan la desorientación.

La inquietud provocada por el desorden generalizado de lo cotidiano lanza a Barroso a recorrer la ciudad en largas y enrevesadas caminatas que imponen una comprensión del «espacio y el tiempo como categorías contiguas, no excluyentes ni confundidas, más bien familiares» (2008: 70). La mirada del personaje alcanza a intuir «algo en ese paisaje abierto más allá de la ventana, una anomalía intrigante y ostensible a la vez, una confusión, como si el espacio, de tan quieto, silencioso y neutro, estuviese a punto de sustraerse de su misma duración y producir un exabrupto» (2008: 70). La ciudad parece vibrar con la inminencia de un cambio o una crisis: algo está a punto de suceder, o de ser percibido como diferente<sup>5</sup>.

En *El aire* el espacio urbano se narra a partir de una especial atención a las temporalidades heterogéneas que lo atraviesan y a las prácticas y modos de habitar que lo cargan de vida. La narración traza continuamente correlatos o desajustes entre el cuerpo y el territorio, entre movimientos y estados afectivos, entre la subjetividad y su inscripción en el espacio, a la vez que despliega y confronta numerosas hipótesis en torno a esta relación. Los periódicos, por ejemplo, advierten sobre «la dominación ejercida por las fuerzas ambientales sobre la voluntad» (2008: 126), en tanto que la aflicción que inunda a Barroso parece corresponderse con el clima desolado que impera en su casa o en el interior del edificio y, así, la narración, como si se entregara a explorar y complejizar el paralelismo spinoziano entre la extensión y el pensamiento, sugiere que «el palier cóncavo y solitario podía ser una expresión subalterna de aquella soledad real que desde hacía más de una semana estaba arrastrando» (2008: 50). Un singular terreno de lo común se insinúa a partir de la lógica de estos enlaces que afirman que una vida no puede comprenderse separadamente de su relación con el espacio que habita, aunque se trate de un involucramiento opaco, contingente y aleatorio antes que causal o previsible. En el borde de un «presente convertido en tensión» (2008: 91), Barroso registra coincidencias casuales y afinidades, resonancias o interferencias

afectivas: comprueba que «basta con actuar como si lloviera para que se desate la tormenta» (2008: 91) y se asombra ante la «comunidad inmediata, superficial, aunque legítima» (2008: 144) entre su apellido y el limo que se acumula en el lecho del Delta<sup>6</sup>. Las caminatas, por otra parte, permiten intuir que «andando ligero se tenía una impresión diferente del panorama usual; el desorden se ponía de manifiesto [...], como si la prisa acelerara el tiempo, y con ello la disgregación de la ciudad» (2008: 61).

«Sin pensar» e incluso «sin atender que caminaba» (2008: 36), Barroso se adentra de a poco en una Buenos Aires en descomposición, irreconocible y ominosa, saturada de ambigüedades y contradicciones. Una noche su recorrido se detiene frente a «una zona no iluminada» (2008: 39) ubicada en un barrio marginal, una boca de lobo que parece tragarse a quienes atraviesan su umbral, si bien durante el día se presenta como «un descampado interrumpido por restos dispersos de edificaciones, o unas ruinas desperdigadas a lo largo y ancho de un terreno inabarcable» (2008: 60). De modo similar, el barrio de conventillos donde se encuentra esta frontera impenetrable ofrece por la noche un bullicio y agitación febriles, pero de día parece una zona casi abandonada. Cierta estado de efervescencia al borde del estallido sacude la ciudad y la pone en desorden. «Aglomeraciones nocturnas» (2008: 32) se congregan en las paradas de los colectivos, «tribus flotantes» (2008: 119) reunidas en constelaciones dispersas circulan sin descanso de un sitio a otro y los jóvenes se sientan a tomar cerveza en las esquinas o caminan despacio hacia las discotecas en escenas que dan lugar a la impresión de que «la vida en general se [había] trasladado a la calle» (2008: 120). Solo hasta la constatación de este hecho llega, no obstante, Barroso, a quien «el propósito y el sentido de esa multitud ocupando las veredas» (2008: 120) se le escapa.

En una ciudad que cede terreno a la pobreza y la precarización crecientes, las fronteras entre el interior y el exterior se vuelven lábiles. Durante el día Barroso advierte que en la zona no iluminada crecen plantas silvestres entre las grietas de la mampostería y «no existían los techos, solo paredes, pilotes y vigas» (2008: 60). En algunos barrios se cuelgan sábanas recién lavadas delante de las fachadas de las casas, mientras que los ranchos levantados en las terrazas de los edificios quedan visiblemente deteriorados después de una tormenta, «acorde con la misma precariedad de las construcciones» (2008: 108). Vacilando entre la desorientación que impone un tiempo que parece suspendido en un *impasse* y la invención —subterránea pero incesante— de nuevas prácticas de vida, la dinámica de la producción de lo común, volcada al exterior y desprendida del régimen de la propiedad, elabora usos alternativos de los espacios y los cuerpos. «Al borde de la zona de ruinas», pese a que algunos por momentos se detienen sin saber bien qué hacer, un grupo de niños juega al fútbol «a lo largo de un territorio sin término», poniendo a prueba su destreza «en el interior de lo que habían sido habitaciones» (2008: 121) y aprovechando los escombros de antiguas columnas o medianeras para señalar los arcos. De modo similar, el vagabundeo por la ciudad vuelve visibles usos insólitos y habilidades casi acrobáticas de los cuerpos que, a través de un gesto de

extrañamiento, estetizan las prácticas cotidianas e iluminan al menos el germen de otras políticas de vida común. Contra toda economía de los movimientos, algunos paseantes parados frente a las vidrieras de los comercios

tenían las manos ocupadas, y como no les resultaba fácil indicar con ellas el artículo al que se referían, levantaban un pie y lo mantenían lo más alto posible, con la punta del zapato casi tocando el vidrio y señalando con menos precisión que cualquier dedo, pero con más destreza (2008: 58-59).

A medida que Buenos Aires se desintegra, entre las ruinas emergen, pese a todo, potencias indeterminadas de los cuerpos y de lo colectivo que desarreglan los hábitos cristalizados y renuevan los modos de ocupar y desplazarse por el espacio urbano.

En otro sentido, la casa de Barroso va siendo, a su vez, penetrada por las imágenes y residuos que trae el aire de una ciudad en descomposición. La vista de la mesa donde almuerza, por ejemplo, con las sobras de comida, los platos usados y el diario recién leído, se le manifiesta al personaje como «el panorama de un presente eterno», sustraído de la sucesión y el deterioro, «anacrónico antes que remoto» (2008: 85). Sin embargo, lejos de cerrarse sobre sí, la escena también evoca para él «la misma impresión que había tenido el día anterior frente al descampado vecino a la zona de los conventillos» (2008: 85). El mismo recuerdo ominoso le despierta la fotografía de las terrazas pobladas de viviendas precarias que ilustra la nota periodística que lee sobre el tema. La «imagen de pobreza en ascenso» (2008: 66) ocupando el centro de la cama «era un hueco de oscuridad abierto entre las sábanas» (2008: 65-66) y, si bien la narración descarta la hipótesis de que la foto pudiera interpretarse como una alegoría o un mensaje oculto referido a la condición de abandono de Barroso, resulta también imposible no percibirla como «una confusa amenaza» (2008: 66). En *El aire*, no ha quedado en pie ningún régimen de significación estable que pueda devolver una decodificación certera; el lenguaje y las imágenes se desprenden dramáticamente de su inscripción en un orden de sentidos compartidos y comunicables para saturarse de «índices de extrañamiento» (Rodríguez, 2017: 51) o señales afectivas.

En paralelo con la aparición —que puede haber sido súbita o gradual— de «manzanas y manzanas de ruinas, trabajadas inicial y definitivamente por la intemperie», Barroso comprueba que «el campo avanzaba sobre Buenos Aires»: «la ciudad se despoblaba, dejaría de ser una ciudad, y nada se hacía con los descampados que de un día para otro brigadas de topadoras despejaban» (Chejfec, 2008: 159). La naturaleza se apodera de Buenos Aires para imponer la imagen de «una ciudad en remisión» (2008: 172), que es también, en términos más amplios, el escenario de una «modernidad en remisión» (Laera, 2014: 44). En un proceso que, nuevamente, puede haber sido lento o repentino y que a veces se presenta como acabado, pero por momentos no parece haber terminado de cristalizar, el centro de Buenos Aires se asemeja cada vez más a las afueras de la ciudad, donde antes vivía Barroso; los baldíos «se pampeanizaban instantáneamente» (Chejfec, 2008: 159) y la memoria colectiva se desintegra a paso acelerado, al punto de que la

ciudad se vuelve irreconocible para sus propios habitantes. La degradación de Buenos Aires arrasa también con los cimientos de la nación: de ella solo perviven restos y emblemas dispersos, «leyendas de culto campero» (2008: 166) difundidas en los periódicos y en carteles en las calles que exaltan la vida rural como sinónimo de la identidad argentina pero que ya no se inscriben en los territorios y las subjetividades como signo de un futuro promisorio. Lo campestre, en cambio, solo logra evocar en los habitantes de la ciudad recuerdos, imágenes y relatos cargados de idealización o de nostalgia por la experiencia de «un ocaso de lentitud mayúscula» o de «una planicie uniforme hasta la exasperación» (2008: 167). El único horizonte por delante parece ser el del borramiento inminente y definitivo de la ciudad: «cuando Buenos Aires alcanzara su propia disgregación y retornara al campo, la misma planicie desaparecería» (2008: 181)<sup>7</sup>.

En la novela, así, todo sentido de progreso figura obturado y sobre el espacio urbano se yuxtaponen fenómenos contradictorios que escapan a toda explicación lineal o causal. Si, por un lado, se instala la impresión de que Buenos Aires se está despoblando, por otro, sobreviene la imagen de estar en medio de «una ciudad expansiva» (2008: 165). Hacia el final de *El aire*, Barroso lee con poca atención titulares de periódicos referidos a hechos tan discordantes entre sí como la multiplicación de casas precarias en las terrazas, el alza del trabajo infantil, la instalación de huertos orgánicos en balcones de edificios y el éxodo de porteños que, cansados de la incertidumbre y la hostilidad de la vida urbana, resuelven mudarse al campo. Una ciudad, entonces, que se hunde cada vez más en la ruina y expulsa a sus habitantes, pero que también aloja nuevas prácticas colectivas y se vuelve sede de una producción incipiente de modos de vida que intentan sobreponerse a la crisis y la precariedad generalizada<sup>8</sup>.

En «Inquietudes en el *impasse*», el Colectivo Situaciones, grupo argentino de investigación militante, define lo promiscuo como

el territorio de las «y»: todo cabe, todo se superpone, nada parece excluir una cosa u otra. Ningún criterio general logra organizar una comprensión clara del mundo. En la promiscuidad se impone un alto grado de *desorientación*: las tácticas oportunistas se aceleran, el cálculo para sobrevivir es la regla y el miedo organiza el cotidiano. Estas son las condiciones actuales en las que la vida a la vez se repliega y explora nuevas posibilidades (2009: 40; las cursivas son del original).

Según esta lógica abigarrada, en *El aire* la ruralización de la ciudad coexiste con el insólito fenómeno de «la tugurización de las azoteas» (Chejfec, 2008: 63), del que Barroso se anoticia leyendo una nota en algún diario, solo para, al día siguiente, comprobarlo desde su ventana. Sobre «el sucio y quebrado horizonte urbano» (2008: 110), en las terrazas de los edificios se multiplican «viviendas precarias hechas de tablas, chapas, ladrillos o bloques sin revocar» (2008: 63). De esta manera, los consejos de administración consiguen aliviar gastos que los dueños de los departamentos, también empobrecidos, ya no pueden afrontar. Es posible, incluso, que algunos propietarios se hayan visto forzados a abandonar o alquilar sus viviendas y mudarse a las azoteas.

De acuerdo con el artículo periodístico, los habitantes de las terrazas preferían instalarse en el centro de la ciudad para evitar perder tiempo y el poco dinero que tenían en traslados desde las periferias. Hay, en esta gestión de lo escaso, una dimensión del cálculo como condición vital vinculada al «saber-hacer en la crisis» (Gago, 2014: 12), retomando los conceptos que propone Verónica Gago, quien formó parte del Colectivo Situaciones, para comprender los lazos entre economías informales y subjetividad en tiempos de neoliberalismo. En la ocupación de las terrazas se expresa el dinamismo de un ingenio popular que reinventa las tramas de lo común y la reproducción de la vida bajo las condiciones de una crisis que obliga a recurrir a variadas estrategias de supervivencia. La escritura de Chejfec se carga de un tono que combina desolación y nostalgia ante la pérdida de cierta plenitud de la experiencia, pero, movida por la indeterminación como fuerza medular, no deja de percibir y de inscribir en el lenguaje signos confusos de lo nuevo.

Al día siguiente de leer la nota, Barroso, en efecto, advierte desde la ventana de su casa, entre perplejo e indiferente,

que las casas eran las casas, las calles las calles, los cables los cables y las nubes las nubes, hasta que así, siguiendo con esa constatación mental en apariencia tan simple como inocente, llegó el momento cuando comprobó que sin embargo las azoteas habían dejado de ser las azoteas; se multiplicaban los tugurios, los ranchos, las casas precarias (Chejfec, 2008: 71).

Las tautologías que cimientan la experiencia cotidiana de la ciudad se desintegran a partir de la emergencia de fenómenos inexplicables y «situaciones que no coincidían con la actualidad; había cuadras desplazadas del tiempo, pertenecientes a una cronología extranjera» (2008: 122). Las terrazas habitadas generan una modificación sensible en el paisaje aéreo de Buenos Aires y un «cambio en los hábitos y modos de vida» (2008: 65) que resultan especialmente llamativos porque, según afirma el autor de la nota periodística, ocurrían en zonas de la ciudad «de las que se pensaba que ya habían adquirido para siempre cierta personalidad urbana particular» (2008: 65). De las titilantes «constelaciones de luces» (2008: 158) sobre las azoteas que pueden avistarse por las noches a las «señales más o menos evidentes de deterioro» (2008: 64) que ahora se instalan en el centro de la ciudad y no ya solo en su periferia, entre la atención de una mirada casi etnográfica y el intenso efecto de extrañamiento que produce la ficción, la narración registra, a paso lento y en toda su ambigüedad, transformaciones en múltiples dimensiones de la vida común (el lenguaje, el espacio, el tiempo, los cuerpos, las subjetividades) que hacen de la literatura el terreno de fértiles encuentros, variaciones y experimentaciones<sup>9</sup>.

Imbuidas de «la incertidumbre del futuro» (2008: 72), las familias de nuevos pobres que pueblan las terrazas, observa Barroso, «eran torpes para las tareas prácticas» (2008: 109) involucradas en la construcción de viviendas y «carecían de aptitud para vivir dentro de una ciudad en condiciones precarias» (2008: 135). Se comprueba, así, la pérdida de aquel bagaje de saberes prácticos «que siempre había caracterizado a

la vivienda popular y a los llamados barrios autoproducidos» (2008: 135), de modo que «ahora el resultado de aquello que los actuales jefes de familia emprendieran con sus manos era incierto» (2008: 135). Por ello, otro sentido de la precariedad de estos asentamientos radica en su previsible transitoriedad: nada en ellos parece estar hecho o pensado para durar mucho tiempo, sino apenas para subsistir en el presente inmediato. Nuevamente resulta aquí iluminadora la categoría de lo promiscuo elaborada por el Colectivo Situaciones desde la incertidumbre del *impasse*: *El aire* compone la imagen de un tiempo en suspenso, de una ciudad que está cambiando irreversiblemente, pero nada en ella se termina de afirmar y cunde la impresión de una aguda desorientación. La falta de rumbo cierto afecta también a la división sexual del trabajo bajo la forma de una visible feminización del conjunto de las tareas productivas y reproductivas: las mujeres salen a trabajar por las mañanas y luego se las puede ver «limpiando la terraza, preparando la comida, atendiendo a los niños y hablando de cuando en cuando con el esposo» (2008: 158), mientras que los hombres, cabizbajos, ensimismados y con el orgullo herido por ya no poder cumplir el rol de sostén económico de la familia, se quedan todo el día en las casas fumando cigarrillos, contemplando el paisaje urbano y «pateando piedritas con desgano como si arrastraran la desocupación, la angustia y la vergüenza» (2008: 110). Aunque cierta sabiduría popular parezca haberse extraviado en el camino y no sea posible encontrar una salida al estado de incertidumbre permanente que impone la crisis, las prácticas cotidianas se renuevan febrilmente a medida que otros sujetos cobran mayor protagonismo en la vida social (o en lo que queda de ella)<sup>10</sup>.

Si las modernizaciones latinoamericanas, según Josefina Ludmer, avanzan solo por saltos o cortes en el tiempo, de manera que, en «la historia desarrollista del capital y su cronopolítica», la región «está siempre en una etapa temporal anterior, atrasada o “emergiendo” en relación con lo ya constituido, en un proceso que nunca acaba y que se reajusta con cada salto modernizador» (2010: 27), *El aire* se sumerge de lleno en la laguna empantanada que interrumpe la modernización neoliberal de los años noventa en Argentina y América Latina, con su ola de privatizaciones y el acelerado proceso de transnacionalización del capital que corren paralelos a la pérdida de soberanía de los Estados nacionales, el deterioro estrepitoso de las condiciones de vida de la población y la marginalización y pauperización crecientes que convierten la precariedad en norma. En cámara lenta, la narración descompone los tiempos y afectos que se imbrican en la experiencia de los altibajos de un proceso de modernización que va de la euforia al desencanto, de la ilusión de progreso a la ruina tanto económica como subjetiva:

Dirigir los anhelos hacia un próximo suelo tan desconocido como dilatado significaba resucitar, volcar el entusiasmo sobre una geografía hipotética del porvenir. Sin embargo, a pesar de las esperanzas, los continuos traslados de pobladores eran permanentes colonizaciones sin consumación (Chejfec, 2008: 140).

Diluido todo sentido de pertenencia a una nación, que solo pervive en *El aire* condensado en lemas irrisorios y anacrónicos, y desmantelados los

mecanismos de protección social del Estado de bienestar moderno, la lógica de mercado va recubriendo cada vez más dimensiones de la vida compartida e instala en ella un estado de abandono e indiferencia que hace de cada sujeto un empresario de sí mismo. La novela de Chejfec explora este proceso desgranándolo en todas sus ambivalencias, porque, por ejemplo, la constatación de que «la pobreza había ido perdiendo su carácter de falla social para comenzar a ser vista como una incapacidad individual» permite explicar que nadie se preocupara por denunciar a los ocupantes de terrenos públicos o privados, que «carecían de valor aunque tuvieran propietario» (2008: 139). Las vidas arrojadas fuera de la ley, del campo de la ciudadanía y del circuito de la economía formal quedan expuestas a una desprotección creciente, pero desde los márgenes se arriesgan a producir colectivamente estrategias de supervivencia que, en el camino de la propiedad a la ocupación, reconfiguran el espacio urbano y aprovechan sus resquicios, aunque sea de manera provisoria.

Lo único que parece progresar en la ciudad de *El aire* son las redes de una economía informal que alcanzan a cada vez mayores sectores de una población empobrecida. Se extienden, así, los locales que funcionan, a la vez, como comercio y como vivienda, «sin que a primera vista marca alguna diferenciara ambos usos», reactualizando tradiciones remotas como las de los inmigrantes que «instalaban su negocio en los zaguanes» (2008: 120) o los pulperos que, en el campo, «expendían desde su hogar» (2008: 121). En la Buenos Aires que narra la novela, el dinero y el vidrio coexisten, incluso, como medios de pago aceptables y el uso de uno u otro sistema impone a los intercambios dinámicas y velocidades diferenciadas, como descubre Barroso en una visita al supermercado: en efecto, allí, para abonar con vidrio hay que hacer cuatro colas —«para entrar, para elegir la mercancía, para pagar y para salir» (2008: 79)—, de manera que «todo era más lento, tortuoso y al mismo tiempo un poco febril» (2008: 80).

Por otro lado, mientras los hombres, desempleados y faltos de voluntad, se quedan todo el día en las casas, no solo las mujeres sino también los niños pobres son empujados a ingresar al mercado de trabajo y se dedican a la recolección y venta de envases de vidrio o al moldeado de ladrillos. Percibe Barroso en los niños botelleros que circulan por la ciudad durante las noches un «aire de desilusión inefable» (2008: 163) combinado con una «tenaz vocación acopiadora» (2008: 163-164) y «difusas aunque nítidas señales de benignidad» (2008: 164); en ellos ve agitarse una fuerza o vitalidad que, aunque apropiada y explotada por el capital, no logra ser por completo subyugada a su mando:

Como los del Tigre, los del extenso terreno en ruinas, los de los hornos de ladrillos, o los del Conurbano, estos niños nocturnos conservaban en sus movimientos y actitudes cierta propensión hacia el juego: una resistencia al futuro como tal y, por lo tanto, una sorprendente disposición a concebirlo solo en forma de presente. El pequeño matiz de dilación contenido en cada instante era para ellos relevante e inevitablemente central, eterno; el mañana, antes que una incógnita, era un vacío. El juego era el presente en estado puro (2008: 164).

Así, suspendidos, como Barroso mismo o como muchos pobladores de las terrazas, en un presente expansivo e improductivo, los niños parecen encarnar una distancia que expresa un gesto de rechazo al trabajo y a su organización del tiempo, a la vez que una potencia estética y política de creación de otras vidas posibles.

Por su parte, Barroso, atento tanto a los indicios de la degradación de lo conocido como a las señales incipientes de lo nuevo, vive también un proceso de lumpenización a medida que avanza la novela: «Pensó que serían las tres de la mañana; y la furia que sintió contra sí mismo no tuvo límites: toda la noche perdida, juntando botellas por la ciudad para terminar baldado sobre un umbral como si fuera un vagabundo» (2008: 172). Pese a todo lo que experimenta y observa en sus incansables caminatas por una ciudad en plena crisis y transformación, persiste en él cierta inadecuación o ajenidad en relación con el presente, una incapacidad «no solo de mimetizarse con los ambientes generales sino también, siquiera, de percibirlos, su inmovilidad estatuaría, aquel autismo físico que lo retenía y congelaba en la misma posición, y lo empujaba [...] como un extranjero hacia el exterior del tiempo» (2008: 54). Hay, entonces, cosas que Barroso no ve, fenómenos que se le escapan o a los que no consigue acceder. El punto de vista de la narración en tercera persona a veces coincide con el del personaje, pero en otras ocasiones se aparta de allí para introducir hipótesis, concesiones o reparos, o para ampliar el campo de lo perceptible. De este modo, cuando Barroso juzga que durante el día los vecinos del barrio pobre solo podrían estar durmiendo o trabajando, la narración señala que «no advirtió que dentro de los conventillos se desarrollaba una turbulenta vida cotidiana» (2008: 59), tanto en los patios como en el interior de las habitaciones.

En el desenlace de la novela, como si hubiese sido ganado por la misma desidia que agobia a los hombres instalados en las terrazas o como si las mutaciones entrevistadas en la vida urbana fuesen para él intolerables, Barroso agoniza aquejado por un desorden orgánico impreciso. Su cuerpo llega a un límite y se desarma, pero otras posibilidades de lo común se traman al ritmo febril aunque vacilante de una inventiva popular que sobrevive a la crisis y a la precarización generalizada de la vida creando lenguajes, prácticas y territorios. En una ciudad donde la vida transcurre a la intemperie, al punto de que «las paradas de colectivos parecían centros de interacción vecinales» (2008: 38), las familias se agolpan frente a las vidrieras de los comercios y hablan sobre los productos que, por falta de dinero, no pueden adquirir, imaginando «usos auxiliares de la mercancía que excedieran los previsibles, de manera de justificar siquiera hipotéticamente la compra» (2008: 57), o evocando «aquel equivalente casero —muchas veces viejo, usado, seguramente reparado— del artículo en exhibición» (2008: 59), «como si cada uno quisiera apropiarse, agotándolas, por medio de la conversación [...], de las razones y usos de los objetos expuestos» (2008: 57). Un lenguaje que se arraiga en una relación material con la vida y se propone, lúdicamente, expandir sus posibilidades por medio de comparaciones, hipótesis o variantes: la costumbre de vivir con la

escasez hace emerger la conversación como sucedánea del consumo y propicia una superabundancia de la palabra.

Los modos de vida común que se insinúan en *El aire* se politizan desde su misma ambivalencia y el desafío que presentan a toda posible clasificación. Barroso observa la foto de un asentamiento en el diario y piensa que

parecía una protesta pacífica, un campamento o picnic interminable —tanto por su extensión como por las señales de permanencia prolongada que reflejaban los pobladores—, con manteles gigantescos encima de los cuales unos niños estaban de pie con las manos en las bocas. Pero también, según los mismos detalles, aparentaba ser un desalojo masivo; y, bien miradas las cosas, no era otra cosa aunque no todos procedieran de un único lugar en particular (2008: 136).

De la protesta o el picnic al desalojo: así de incierta es la producción de lo común que se narra en *El aire* y en este lenguaje cargado de perplejidad ante el presente radica también la fuerza de una mirada singular sobre la ciudad neoliberal, sus despojos y sus potencias.

---

## Notas

<sup>1</sup> Fermín Rodríguez (2016; 2017) sostiene que *El aire* construye, por medio de precarias instalaciones verbales que toman distancia del régimen de representación realista, un clima cargado de accidentes, gags, peripecias y sucesos intrascendentes que perturban la lógica de lo cotidiano. Daniela Alcívar Bellolio (2016), por su parte, analiza la contigüidad en la novela como categoría que configura una zona de indiscernibilidad entre fenómenos sensibles y formas de vida, y traza relaciones arbitrarias de proximidad e indiferenciación sin depender de una lógica causal, alegórica o metafórica.

<sup>2</sup> Luz Horne afirma que el efecto de indicialidad producido por la escritura de Chejfec aspira, antes que a representar, a retener en la narración «registros de la experiencia ajenos al orden de la palabra» (2012: 139), huellas o restos materiales del mundo.

<sup>3</sup> Según Liesbeth François, Barroso «vive la falta de experiencias de manera dramática, bajo el signo de la pérdida y la desolación completa» (2016: 410).

<sup>4</sup> Este procedimiento orientado a engrosar la percepción inscribiendo en el lenguaje toda una microscopía de elementos sensibles aproxima la estética de la novela a la del neobarroco tal como fue leída y practicada magistralmente por Severo Sarduy (2011) y Néstor Perlongher (2008) y es continuada y reformulada en la actualidad por otros escritores y escritoras latinoamericanas como Diamela Eltit, João Gilberto Noll, Carlos Ríos, Gabriela Cabezón Cámara o Javier Guerrero.

<sup>5</sup> Néstor García Canclini (2010) ha analizado la temporalidad de la inminencia como categoría medular de las prácticas estéticas contemporáneas: el arte en la era de la globalización y la postautonomía se desprende de sus privilegios para especificarse como un trabajo sensible, oblicuo e indeterminado de expansión de las posibilidades de lo real a partir de la insinuación de lo que podría acontecer.

<sup>6</sup> Para Brian Massumi (2015), investigar el afecto —comprendido, de manera amplia, como los modos variables de un cuerpo de afectar y ser afectado— implica, contrariamente a la operación de la reducción fenomenológica, situarse desde el comienzo en medio de un campo inmanente de relaciones inestables y contingentes que no se ajustan a un régimen lineal de causas y efectos.

<sup>7</sup> De acuerdo con Fernando Reati, los paisajes urbanos de novelas argentinas como *El aire* o *La ciudad ausente* de Ricardo Piglia son «el sitio de una distopía que contradice todo optimismo sobre el rumbo de la historia nacional» (2006: 185).

<sup>8</sup> Judith Butler (2006; 2010) se ha dedicado a estudiar la precariedad como categoría fundamental de una ontología social de la vida comprendida en su vulnerabilidad y en su inscripción en tramas de interdependencia, así como en su sujeción a marcos de

inteligibilidad y reconocimiento dependientes de categorías como «la etnicidad, la clase, la raza, la religión, la sexualidad y el género» (2010: 192). Isabell Lorey (2016), por su parte, propone una teoría de la precariedad como dispositivo de gobierno al servicio de la acumulación capitalista que impone la exposición al peligro, la incertidumbre y la contingencia como condiciones de la vida compartida.

<sup>9</sup> Sobre el giro etnográfico en la literatura latinoamericana contemporánea, ver Klinger (2007).

<sup>10</sup> Sostiene Raúl Zibechi que la industrialización de las sociedades occidentales «tuvo como resultado un grado tal de especialización que redundó en la pérdida de saberes y de autonomía, de modo que cuando se cerró el mercado de trabajo legiones de varones inútiles comenzaron a deambular sin saber cómo sobrevivir. Las mujeres, por el contrario, al seguir apegadas a las tareas de reproducción, de cuidado de los hijos y de sí mismas, a la casa y a la vida, conservaron saberes prácticos que las colocan en el centro de la sociabilidad popular, si es que alguna vez no lo estuvieron» (2013: 87-88). Estos saberes prácticos declinados en femenino son los que parecen revitalizarse en las terrazas de *El aire*.

## Bibliografía citada

- ALCÍVAR BELLOLIO, D. (2016): «Paisajes de la crisis, crisis de los afectos: *El aire* de Sergio Chejfec», *Anclajes*, vol. 20, núm. 2, 1-16.
- BUTLER, J. (2006): *Vida precaria. El poder del duelo y la violencia*, Buenos Aires: Paidós.
- BUTLER, J. (2010): *Marcos de guerra. Las vidas lloradas*, México: Paidós.
- CHEJFEC, S. (2008): *El aire*, Buenos Aires: Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara.
- COLECTIVO SITUACIONES (2009): «Inquietudes en el *impasse*» en Colectivo Situaciones (comps.), *Conversaciones en el impasse. Dilemas políticos del presente*, Buenos Aires: Tinta Limón, 9-46.
- DARDOT, P. y LAVAL, C. (2016): *Común. Ensayo sobre la revolución en el siglo XXI*. Barcelona: Gedisa.
- FRANÇOIS, L. (2016): «Una ficción del espacio: caminata y decadencia en *El aire*, de Sergio Chejfec», *Neophilologus*, núm. 100, 405-418.
- GAGO, V. (2014): *La razón neoliberal. Economías barrocas y pragmática popular*, Buenos Aires: Tinta Limón.
- GARCÍA CANCLINI, N. (2010): *La sociedad sin relato. Antropología y estética de la inminencia*, Buenos Aires: Katz.
- GUTIÉRREZ AGUILAR, R. (2017): *Horizontes comunitario-populares. Producción de lo común más allá de las políticas estado-céntricas*. Madrid: Traficantes de Sueños.
- HARDT, M. y NEGRI, A. (2009): *Commonwealth*. Cambridge: Harvard University Press.
- HORNE, L. (2012): «Fotografía y retrato de lo contemporáneo en *El aire* y otras novelas de Chejfec» en Niebylski, D. C. (ed.), *Sergio Chejfec: trayectorias de una escritura. Ensayos críticos*, Pittsburgh: Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana, 123-146.
- KLINGER, D. (2007): *Escritas de si, escritas do outro: o retorno do autor e a virada etnográfica. Bernardo Carvalho, Fernando Vallejo, Washington Cucurto, João Gilberto Noll, César Aira, Silviano Santiago*, Río de Janeiro: 7Letras
- LAERA, A. (2014): *Ficciones del dinero. Argentina, 1890-2001*, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- LOREY, I. (2016): *Estado de inseguridad. Gobernar la precariedad*, Madrid: Traficantes de Sueños.
- LUDMER, J. (2010): *Aquí América latina. Una especulación*, Buenos Aires: Eterna Cadencia.
- MASSUMI, B. (2015): *Politics of Affect*, Cambridge: Polity.
- MORENO, M. (2011): *La comuna de Buenos Aires. Relatos al pie del 2001*, Buenos Aires: Capital Intelectual.
- PERLONGHER, N. (2008): *Prosa plebeya. Ensayos, 1980-1992*, Buenos Aires: Colihue.
- REATI, F. (2006): *Postales del porvenir. La literatura de anticipación en la Argentina neoliberal (1985-1999)*, Buenos Aires: Biblos.
- RODRÍGUEZ, F. (2016): «Aire de contrarrevolución. La ciudad biopolítica», *Telar*, núm. 16, 57-75.
- RODRÍGUEZ, F. (2017). «Señales de vida: ficciones y territorios en crisis», *452°F. Revista de Teoría de la Literatura y Literatura Comparada*, núm. 16, 43-61.
- SARDUY, S. (2011): *El barroco y el neobarroco*, Buenos Aires: El Cuenco de Plata.
- ZIBECCHI, R. (2013): «Cuando el presente deja de ser una extensión del pasado» en M. Hardt, M. y Zibechi, R., *Preservar y compartir: bienes comunes y movimientos sociales*, Buenos Aires: Mardulce, 67-90.